Prólogo

Andrés Lorenzo Rodríguez

Capítulo 1

Prólogo

Rud se incorporó.

- Las huellas parecen recientes - Aflojó la cuerda en su mano para que el perro de caza pudiese olisquear un posible rastro. - No deben andar muy lejos - habló con decisión, alzando la vista hacia su compañero.

- ¡Malditas bestias!

Kirk estaba harto. Tras cuatro días de ardua búsqueda, aún no habían logrado dar con el supuesto trío de lobos que estaba haciendo incursiones en el pueblo de Pozo de Piedra. Al tratarse de una villa rica en ganado, resultaba un objetivo de lo más suculento para los carnívoros atrevidos.

A pesar de todo su esfuerzo, la joven pareja de cazadores aún no había conseguido atrapar a ninguno de los lobos.

- Tal vez deberíamos volver – Se quejó Kirk, mientras desviaba la vista hacia el cielo. Un claro en la bóveda de hojas y ramas dejaba entrever los tonos pardos que el sol poniente proyectaba con orgullo antes de dar paso a otra noche de otoño - Está empezando a anochecer y sabes que no es seguro vagar por el bosque de noche – la voz de Kirk denotaba un deje de tensión y fatiga, a causa del trabajo de búsqueda realizado los días previos.

- Tranquilo, hermano – la voz de Rud, en cambio, sonó fresca, tranquila y segura, tal y como era él siempre. – Tú solo piensa en la recompensa que nos ofrecerán esos granjeros asustadizos cuando vean que hemos sido nosotros los que han dado caza a todas esas bestias salvajes, ¿Acaso no te emociona pensar en todo lo que podremos comprar después de realizar nuestra “heroica hazaña”? – Kirk pudo ver cómo a su hermano menor se le iluminaba la mirada.

Para Rud era fácil decirlo. Mientras Kirk era inseguro y prudente, Rud siempre había sido el más intrépido y confiado de los dos hermanos. A pesar de ser el pequeño, solía ser él quien tomaba las decisiones a la hora de cazar. Kirk había obtenido mucha experiencia a lo largo de los años, pero resultaba indudable que Rud poseía unas cualidades innatas que lo hacían superior en el arte de la caza y que lo convertían en un líder por naturaleza. Aún así, la manada de lobos salvajes continuaba en paradero

desconocido para ellos. Kirk no sabía qué podía hacer para encontrarlos…

Bruscamente, fue arrastrado de sus pensamientos y arrojado al mundo real cuando su perro de caza dio un fuerte tirón a la cuerda que llevaba atada al cuello.

- ¡Creo que tengo algo! – exclamó Kirk sin tratar de ocultar su emoción.

Su hermano Rud se hallaba a una veintena de pasos y su perro de caza arrastraba el hocico frenéticamente por la superficie de un suelo que comenzaba a cubrirse con las primeras hojas del otoño.

- ¡Yo también! Gáner está muy nervioso. Creo que estamos bastante cerca de lo que andamos buscando. – el perro de caza, Gáner, empezó a gimotear y a tirar más y más de la cuerda de su dueño.

Para sorpresa de Kirk, el rastro que había encontrado su sabueso conducía a otro lugar diferente que el rastro localizado por el perro de su hermano menor.

- Parece que han encontrado distintos rastros, Rud. ¿Cuál seguimos? – preguntó Kirk, expectante.

- Ambos. - Respondió el joven entusiasta con una gran sonrisa en su rostro.

Antes de que Kirk hubiese podido dar réplica a la precipitada propuesta de su joven hermano, Rud ya había comenzado a trotar tras su perro de caza. Él sabía que era inútil tratar de detener a su hermano en esta clase de situaciones por lo que, tras un largo suspiro de resignación, aflojó la tensión en la cuerda de su sabueso y dejó que este lo guiase a través de la espesura del bosque.

Poco a poco se fue internando en el terreno agreste junto a su perro. A medida que avanzaban Kirk notaba consigo un cambio en el ambiente. Las copas de los árboles que comenzaban a teñirse de colores pardos ya no dejaban pasar la luz y Kirk se movía en pos de su perro, sintiendo que la vegetación se cernía sobre él y lo aislaba. Notaba el aire cargado, viciado, y una ligera tensión palpable en él. El joven cazador se estremeció y trató de controlarse a sí mismo, apartando de su mente ese pensamiento e intentando pensar con claridad y la cabeza fría: *¿Ha sido buena idea separarnos? ¿Está siguiendo Kolar el rastro correctamente? ¿Estoy preparado para combatir a los lobos en caso de encontrarlos?* Lejos de tranquilizarse, Kirk comenzó a lamentar el modo que había tenido su hermano menor de marcharse sin nada de meditación previa. *Siempre tan impetuoso…*

Kirk se frenó en seco. Un hedor dulzón llegó a sus fosas nasales en la dirección del rastro que perseguía.

- ¡Dioses! – musitó Kirk para sí mismo - ¿De dónde puede salir ese olor?

Tras darle la orden a su perro de que avanzase despacio, Kirk y Kolar comenzaron a caminar lo más silenciosamente posible. El humano agudizó el oído, pero no oyó nada más que las fuertes inspiraciones de su perro y sus propios pasos. Después de varios toques de atención debido al nerviosismo creciente de su perro y de una marcha cautelosa, la pareja llegó a un pequeño claro en mitad del bosque.

Para sorpresa de su dueño, el perro de caza de Kirk, Kolar, comenzó a recular tras haber olisqueado las inmediaciones del claro, oculto tras los matorrales que lo rodeaban. Entre gruñidos y con el rabo entre las piernas, Kolar hubiese huído de no ser por el fuerte tirón que su dueño se vio obligado a dar a la cuerda que tenía atada al cuello a modo de correa. El perro de caza comenzó a gimotear de manera incesante y se negaba a adentrarse en el claro. Kirk no tuvo otro remedio que soltar a su perro, el cual salió corriendo en sentido contrario al claro, allí por donde habían llegado.

El hombre, a pesar de estar cada vez más atemorizado e inseguro, logró hacer acopio de valor y entrar con sigilo en el claro que tenía en frente mientras que, con dedos temblorosos, cogía su arco y colocaba una flecha de madera en la cuerda. Al principio no vio nada fuera de lo común, ya que era casi de noche y se había hecho difícil ver más allá de una determinada distancia. Sin embargo, al realizar una comprobación visual más minuciosa del terreno, se dio cuenta de que había unas figuras tendidas en la escasa hierba corta del claro. Kirk tragó saliva y se acercó a los cuerpos inmóviles.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para reconocer qué eran aquellas misteriosas figuras oscuras, se le heló la sangre. Los lobos a los que habían estado intentando dar caza yacían inertes a sus pies. Todos ellos habían sufrido heridas que ahora se hallaban en avanzado estado de descomposición. En uno de ellos podían apreciarse partes de sus blancas costillas, cubiertas de una capa menguada de músculo y sangre. Este hueco en el cuerpo sin vida del animal estaba rodeado de una extraña masa viscosa negra, similar a la sangre coagulada y, además de esa extraña sustancia, cierta cantidad de animales necrófagos que se estaban dando un festín con la carne putrefacta de la malaventurada criatura.

A Kirk le entraron ganas de vomitar. A pesar de la macabra visión que tenía de sus antiguas presas, lo que peor le hacía sentir era, sin duda alguna, el olor a muerte. El hedor era de una intensidad desmedida y se metía hasta el fondo de las fosas nasales, produciendo mareos y náuseas.

Tuvo que acuclillarse durante un momento para reponerse.

Tras estabilizarse un poco, pudo pensar con mayor claridad cayó en la cuenta de un detalle que le hizo abrir los ojos como platos: alrededor de los depredadores muertos se extendía un charco de sangre de gran tamañ. Se agachó para confirmar su acongojante teoría: la sangre estaba fresca. *¿Cómo es posible que brote sangre fresca de cadáveres que se encuentraban en estado de descomposición tan avanzado?*

- ¡Mierda! – dijo para sí mientras comenzaba a levantarse, presa del desasosiego. Las ganas de vomitar habían sido eclipsadas por un pavor sin precedentes. Para Kirk, solo existían ahora unas ganas irrefrenables de salir de aquel lóbrego y siniestro lugar lo antes posible.

Tan rápido como se hubo levantado, comenzó a correr con prudencia, alejándose de los cuerpos sin vida y de la muerte que rezumaban, pero muy atento a su alrededor. Sin embargo, y sin percatarse de ello, terminó corriendo velozmente entre la vegetación del bosque sin importarle nada de lo que le rodeaba.

Un minuto después había llegado al lugar donde se había separado de su hermano menor. Este se encontraba tratando de tranquilizar al perro de caza de su hermano.

- ¡Rud! – Kirk corrió presto hacia su hermano mientras este se incorporaba para recibirlo entre sus brazos. Podía notar el acelerado corazón de su compañero de caza restallando contra su pecho como el martillo de un herrero en un yunque.

- Me alegro de verte. – la expresión de Rud se relajó al ver a su hermano sano y salvo. - Al ver a Kolar sólo pensé que te había sucedido algo – dijo a la vez que abrazaba a su hermano mayor. - ¿Has encontrado alguna pista sobre el paradero de los lobos?

Kirk tragó saliva y después carraspeó, reponiéndose un poco del susto y tranquilizándose.

- He encontrado a los lobos, pero me temo que están… muertos.

- ¿Muertos? – preguntó Rud, realmente sorprendido. – Pero... ¿cómo? No hay nada en este bosque que haya podido matarlos. Además, el rastro que encontramos es reciente. No más de dos horas.

- Yo tampoco me lo explico. – Kirk trataba de poner en orden sus ideas. - No me gusta tener que volver ahí, pero tienes que ver los cadáveres. Sus heridas están en avanzado estado de descomposición. Es imposible para

unos animales recién muertos.

Rud asintió, incrédulo. Le costaba figurarse con qué habría topado su hermano mayor

- Yo no he encontrado nada destacable, únicamente restos de presas y heces. Vayamos a comprobar los cuerpos.

Rud y Kirk reemprendieron la marcha con los perros atados a sus respectivas cuerdas. Realizaron el camino de ida hasta el pequeño claro sin decir palabra, ambos sumidos en sus pensamientos. Solo cruzaron alguna mirada de incertidumbre. Cuando estuvieron cerca de la linde del claro, los perros comenzaron a excitarse. Sorprendentemente, ya no olía a muerto.

Al entrar en el claro, ambos hermanos soltaron un poco de cuerda a sus perros y dejaron que estos los guiasen. La noche había dado comienzo y era prácticamente imposible discernir nada que se encontrase en el extremo opuesto del claro, por lo que ahora debían confiar en el fino olfato de sus perros de caza para dirigirlos en la oscuridad.

Tras cruzar el claro con prudencia, la inquietud de ambos creció cuando se encontraron frente a un gran charco de sangre solitario.

Los cuerpos habían desaparecido.

- ¡¿Pero qué demonios!? – Kirk palideció bajo la tenue luz de la luna filtrada entre los huecos de las ramas.

- Deberíamos salir de aquí. Algo raro está pasando aquí y no me gusta nada. – Rud no dejaba de otear la periferia del descampado. - Este lugar me da muy mala espina.

Así como remató de hablar, los perros de caza comenzaron a gruñir y a enseñar los dientes orientados hacia los matorrales más allá del claro. Los gruñidos de sus perros tuvieron una inesperada réplica, grave y amenazadora, proveniente de unas sombras que provocaban temblores al atravesar lentamente la maleza circundante.

Con agilidad, Rud desenvainó sus machetes y Kirk cargó una flecha en su arco, listo para disparar a lo que pudiese salir de los matorrales. Tres figuras oscuras saltaron repentinamente de las sombras y se abalanzaron sobre los dos hermanos y sus perros. Kirk disparó a una de las sombra atacantes en la cabeza y se apartó para evitar su embestida. Rud logró hundir uno de sus machetes en el pecho de uno de los atacantes. El tercero de ellos ya estaba casi encima de él cuando Kirk lo atravesó de

lado a lado con un disparo, que alcanzó a la bestia en el pecho.

Los dos hermanos se quedaron alerta, dispuestos a afrontar otro ataque imprevisto. Sin embargo, el bosque había quedado sumido en una extraña calma, interrumpida únicamente por la fuerte respiración de los hombres en tensión. Sospechando que no habría una segunda contienda, ambos cazadores se dispusieron a identificar los cadáveres.

- ¡Joder! Son los lobos – parecía que los ojos de Kirk fuesen a salir de sus órbitas.

- ¿Qué demonios está pasando aquí? – Rud no estaba mucho más tranquilo. – No entiendo nada, Kirk. Debemos march...

Las palabras se perdieron a medio camino en su garganta y un grito ahogado salió en su lugar. Uno de los lobosse había vuelto a levantar y había mordido la pierna de Rud. Kirk no tuvo tiempo suficiente para reaccionar: otro de los lobos atrapó su mano entre los dientes con tanta fuerza que creyó que se la iba a arrancar. Los perros trataron de proteger a sus dueños, pero el tercer lobo se ocupó de ellos sin demasiado esfuerzo.

Los hombres forcejearon con las bestias hasta caer rodando en la hierba del claro. Rud logró frenar una dentellada en la cara con un brazo mientras que con el otro apuñalaba ferozmente el vientre del animal. El lobo hizo caso omiso a los ataques desesperados del cazador, que parecían no surtir ningún efecto, y continuó lanzando peligrosos mordiscos.

Kirk no fue quién de resistir tanto. El lobo arrancó de cuajo la mano del hombre delgado, quien cayó de rodillas entre berridos de dolor mientras se sujetaba el muñón. La feroz bestia atacó de manera brutal la cara del hombre, dejándola completamente desfigurada.

Rud continuaba forcejeando con la diabólica criatura cuando, de improviso, otra de ellas se unió a la lucha tirándole de la pierna derecha y arrastrándolo por el suelo. La tercera y última le mordió la pierna que le quedaba libre, dejándolo inmovilizado entre ambos. Desventajado como estaba como estaba, vio cerca su final. Sin embargo, los lobos únicamente lo sujetaban. Aunque sus mandíbulas atrapaban las extremidades del joven cazador con una fuerza desmesurada, no parecía que quisiesen matarlo.

Rud comenzó a tener escalofríos y el olor a muerte se intensificó. Un montón de gusanos comenzaron a brotar de la herida ventral que había hecho con su cuchillo a uno de los lobos y la oscuridad se cernió sobre el claro, siendo apenas perceptibles los tenues rayos de la luna llena. Aterrorizado como estaba trató de huir, pero los lobos hundieron más los

dientes en su carne y no pudo evitar gemir del dolor.

De la oscuridad del bosque surgió una impresionante silueta de más de tres metros de altura. Avanzaba arrastrando un manto de tinieblas sobre el que parecía levitar, y de su cintura colgaban numerosos cráneos humanos. El torso fibroso y delgado estaba al descubierto y exhibía vetas ennegrecidas a lo largo de su cuerpo que contrastaban con la palidez de la piel quebrada, como papel de papiro. Los brazos eran largos y finos, como ramas de árboles, pero remataban en unas poderosas garras afiladas como cuchillos. La cabeza era lo más desconcertante: un rostro enmascarado con cuernos del que afloraban decenas de tentáculos inquietos.

La demoníaca criatura se acercó al cadáver de su hermano. Extendiendo uno de sus dedos, tocó el cráneo destrozado de su hombre durante unos segundos. Rud quedó paralizado cuando el ser abominable dirigió su vacía mirada hacia él. Pudo sentir cómo el demonio exploraba su mente y la iba llenando de tinieblas a su paso.

Una voz sepulcral sonó en su mente. *El mundo recordará de nuevo lo que el verdadero temor.*

En lugar de acercarse, el misterioso monstruo dio media vuelta, internándose en la penumbra del bosque y siendo seguido por su manto de tinieblas y por los lobos, dejando a Rud abandonado en medio del claro.

La mente del joven cazador había sido conumida por el terror y se trataba ahora de un revoltijo de recuerdos y pensamientos donde imperaba la oscuridad. Entre lágrimas, trató de levantarse, pero las heridas en sus piernas se lo impedían. Tras incorporarse temblorosamente, notó un ligero movimiento a su derecha. Rud pudo presenciar cómo su hermano, a quien creía muerto, trataba de levantarse torpemente. Una vez erguido, se mantuvo inmóvil durante un instante que pareció eterno. Tras unos segundos, Kirk, o lo que quedase de él, se giró hacia su aterrorizado hermano.

La cara había sido grotescamente desfigurada tras el ataque del lobo, y los antiguos rasgos del cazador eran ahora irreconocibles. Era imposible que siguiese vivo. Sin embargo, echó a andar a trompicones hacia su hermano.

Rud se revolvió, pero no logró nada. El miedo lo paralizaba. Vio cómo su hermano recogía uno de sus machetes ensangrentados del suelo y lo empuñaba con la única mano que le quedaba. Cuando Kirk se encontró a escasos centímetros de él se frenó, y Rud pudo observar en qué se había

convertido su hermano.

Su rostro era apenas distinguible después del feroz ataque del lobo y estaba lleno de heridas y sangre. Sus “ojos” eran cuencas vacías de las que manaba una cantidad ingente de bichos asquerosos que caían en el regazo de Rud. El único vivo de los dos hombres se estremeció cuando su hermano, o lo que fuese ahora, se inclinó sobre él y el olor a podrido y a muerte que rezumaba le produjo arcadas. Kirk emitía unos balbuceos guturales, totalmente indescifrables. No tardó en armar el brazo y perforar, sin el menor rastro de compasión, el pecho de su hermano.

Moribundo, Rud volvió a oír en su mente cómo aquella voz sepulcral le entregaba un último y ominoso mensaje.

...